

DEDICATORIA:

**A MI AMIGA ELDER,**

Una fornela que me ha ayudado en este asunto.

Enero del 2.000.

- Abuela, cuéntame un cuento.
- Bueno, ¿qué, el de la buena pipa?.
- ¡Ah! Yo no digo sí. Digo que te cuento de la buena pipa.
- Pues cuéntamelo.
- ¡Ah! Yo no digo que te lo cuento. Digo que te cuento el cuento de la buena pipa.

Guímara. Recogido en 1985 por Primitivo Martínez Fernández.

### **UNA DE MEIGAS:**

Yo conozco un valle de blanca quietud en invierno y susurrantes arroyos en verano que discurren llamando con sus aguas puras a los espíritus del bosque, a los renuberos, a los trasgos y a las meigas que lo habitaron por lo menos hasta principios del que aún dudosos de vivir ya en el XXI, damos en llamar siglo pasado. Es valle de paz y de deleite de los sentidos, es el valle de Fornela, enclavado en la Comarca de El Bierzo, provincia de León. Pero a pesar de no parecerse este valle al de las lágrimas, vivió allí hace tiempo, la bella desdichada.

Se llama Bernarda y era la hija mayor de una familia humilde que vivía del campo y de los cuidados de los animales domésticos. Muchacha poco habladora y de gran belleza, era la mayor de ocho hermanos, con los cuales poco tenía en común, dado el carácter alegre y dicharachero de todos ellos, siempre dispuesto a ayudar a sus vecinos en lo que pudiesen a pesar de su pobreza. No es que ella no lo estuviese también pero bastante tenía con atender la casa, ocuparse de sus hermanos pequeños, ayudar en las tareas que realizaban todos los demás y cuidar de su madre, una mujer que a pesar de su corpulencia permanecía enferma durante largos períodos de tiempo.

El padre, siempre con las herramientas en la mano, era la imagen personificada del viejo Thor, a quien los primeros pobladores de estas tierras debieron adorar en algún momento dado.

La familia en general estaba bien considerada en el pueblo, aunque en cuanto a Bernarda, los mayores decían que lo único que tenía era belleza, los jóvenes varones se peleaban por bailar con ella el día de la fiesta del pueblo, razón por la cual las mozas no querían andar con ella o se ponían a su lado únicamente para ser vistas por alguno de los zagallos que no consiguiera bailar con ella. Los adolescentes decían que era un poco rara. Los niños parecían los únicos que sentían cariño por ella porque les contaba cuentos y hacía bollos de sobra para ellos el día de Todos los Santos. Supongo que

por eso se la veía con frecuencia sonreír rodeada de niños. En esos momentos la expresión de su rostro resultaba más dulce de lo habitual todavía:

- ¡Mernarda, Mernarda! – la llamaban los más chiquitines- ¿Nos cuentas hoy el de "La raposa y el gato Miguel"?

- ¡No, hoy toca el del "Tío Pascualón"! – protestaba alguno de los mayores-

- Siéntolo mucho, mis nenes, pero hoy tengo que subir a la cabana a ordeñar las vacas y ya sabéis que hasta mañana no vuelvo.

Bernarda se agachaba a acariciar a todos los niños, uno por uno cuando decía estas palabras. Los niños se despedían con un ¡Oooh! Y las personas mayores que observaban el cuadro desde sus ventanas o sentadas alrededor de la iglesia comentaban:

- ¡Lástima de chica! O único que tié es belleza.

- Ya, pero verás como casa antes que la tuya con "to" lo salada que es.

- ¡Calla! Que ahí llega y no "pue" oír hablar "della".

- A las buenas tardes, ya casi noches. Qué, ¿otra vez hablando de la Bernarda? Ni que fuera tan importante, que "tos" los mozos "quiern" bailar con ella na más, el día de la fiesta.

- Ten "cuidao" Leocadia que hay menores delante.

- ¡Qué dice padre! Yo ya no soy un menor. Ya casi soy un hombre y sé que Bernarda es un poco rara.

- ¡A callar se ha dicho, que hay que encerrar a las cabras todavía!.

Después de preparar las tierras para sembrar y de cuidar de lo sembrado durante casi todo el año, llegaba como siempre la hora de la recolección. Bernarda, su padre y sus hermanos se dirigieron en una de estas ocasiones a las tierras de labor junto con otros labriegos cargados con hociles y guadañas:

- ¡A los buenos días! ¿Qué? "Hais" "madrugao" más hoy ¿no?

A pesar de haberse levantado todos antes de amanecer se encontraban de muy buen humor campos adelante y todos hablaban unos con otros en el camino.

- Pues como vosotros, y yo más, que se me olvidó ayer picar la guadaña y llevome un rato esta mañana, no creas. –contestaba el padre de Bernarda mirando el cachapo que llevaba colgado de su cintura.-

- Haber pedido ayuda, hombre. De todos modos traigo yo aquí el martillo y con una piedra que haga de yunque podemos cabruñarla más adelante si hace falta. ¿Qué tal está la parienta? – seguía preguntando el conocido-

- Bueno, regular. Hoy quedó en cama dormida todavía. ¿y no trajiste la bota vino y el chorizo? Eso es lo que interesa más adelante, "pa tomar las diez" ije,je,je!

- Tú siempre con tus bromas, Ernesto. Hoy lo trae la viuda de Elpedio, que luego le ayudaremos a ella y a los suyos con la labor. Y tú Bernarda, tan guapa como siempre, ¿eh?

Bernarda se limitaba a sonreír ante el piropo y seguía caminando detrás de su padre con un cesto en la cabeza donde llevaba la comida, hecha a base de cocido y un poco de escabeche. A sus lados, dos de sus hermanos ya entrados en la pubertad reían las bromas de los mayores sin replicar palabra.

Llegaron a los prados, se dispusieron a trazar el primer roldo y continuó cada cual con la segunda división del prado. Los hermanos de Bernarda esparcían detrás la yerba acumulada en los roldos con el fin de que el sol la secara pronto. A la una pararon para comer y después se dispusieron muchos a dormir la siesta. Otros continuaron, segando sin el merecido descanso y nuevamente después de poco más de una hora, todos reanudaron la tarea hasta las cinco. Fue a esta hora cuando se preparó una fuerte tormenta, de tal suerte que todos tuvieron que dejar el colmeiro a medio hacer y con las forcadas en la mano corrieron a guarecerse de la lluvia. Todos menos Quico, un hermano de Bernarda, pues él pensó que como le quedaba poca hierba por dar vuelta, si se daba prisa todavía podía terminar esa labor antes de que el agua la mojara por las dos caras. No oyó las voces de sus hermanos que le llamaban desde debajo de un castaño para que se guareciera junto a ellos y aprovechase de paso a tomar las cinco. Bernarda dejó un trozo de pan y tocino sobre la tartera y

salió corriendo de debajo de las ramas del árbol para ir a buscarlo. Cuando llegó a su lado, vio cómo un rayo tocaba la horquilla de hierro que en ese momento intentaba apartar Quico hacia un lado y él quedaba electrocutado en el acto. Ante los gritos de la muchacha los demás salieron de su refugio y se dirigieron hacia donde se había desplomado el cuerpo de su hermano. Lo miraron consternados y miraron a Bernarda sin mediar palabra. La tempestad fue amainando. El olor a tierra ya hierba mojada nunca había sido tan hipnotizador. Pronto reaccionaron algunos y se dirigieron corriendo unos a dar aviso de lo que había sucedido, otros a hablar con el sacerdote del pueblo y otros a ayudar a preparar la mortaja y el velorio del muerto.

Aquella tarde se sucedieron varias tormentas, una tras otra. En casa del difunto en el velatorio, hasta bien entrada la noche, sólo se oían los gritos de dolor de la madre y el rumor de oraciones de los que los acompañaban. Bernarda sentía el frío nácar del rosario entre sus manos y paladeaba con desagrado un extraño gusto a herrumbre en su boca. A duras penas siguió la orden que su padre le daba de servir pan y vino a todos los asistentes y al hacerlo iba notando clavarse en sus sienes las miradas de todos.

El pueblo ya no fue igual después para nadie, especialmente para Bernarda. Ella había perdido al hermano que más le hacía reír y le costaba trabajo recuperar su semblante habitual incluso delante de los niños que le pedían otro dulce u otro cuento.

No había terminado el luto por Quico cuando, otra hermana, Lucrecia murió mientras regaba justamente cuando Bernarda se disponía a ayudarla con el barreño de agua. Los ojos de los vecinos del pueblo volvieron a posarse sin descanso en la figura de Bernarda. Parecía como si su rostro hubiera ido perdiendo su aspecto angelical y se hubiera endurecido orlado por el pañuelo negro anudado en pico bajo la barbilla.

Afortunadamente para Bernarda el tiempo pasó y ésta pudo ir tornando sus ropas negras de arriba abajo en otras con algo más de color hasta volver a ponerse el "rodao" de color mostaza y la blusa que tanto le favorecían, pues su piel era oscura como su cabello y sus ojos.

En la fiesta del pueblo Bernarda conoció a Tito, un bizarro muchacho de otro pueblo de los alrededores que tras pedir cambio de pareja recién empezada la verbena, se las arregló para continuar

toda la noche bailando con Bernarda. Los del pueblo conocieron entonces a una nueva Bernarda que para asombro de todos no paró de hablar. Tito volvió después de la fiesta todos los domingos. Los mozos solteros del pueblo se dieron cuenta de ello y un día a la salida de misa, antes de invitar a rondas el que tenía algún dinero esa semana, decidieron hablar con él:

- Oye, tu estás cortejando a la Bernarda, ¿no?
- Eso intento pero no sé si ella...
- "Na" de disculpas. Aquí en este pueblo el forastero que corteja a una moza "tié" que pagar el piso o dejar de cortejarla.
- ¿Pagar el piso? Pero... Yo no tengo dinero para eso.

Tito temblaba a la vez que colorado, movía la boina entre sus manos acariciando el círculo completo de la misma y escuchaba las risas de los otros chicos.

- No te asustes i"o"! Que con cuatro litros de vino por cañada nos llega "pa" "tos". ¿Verdad chavales.
- ¡Sí, eso, eso, que pague o que no vuelva más!

Comprendiendo lo que le pedían, Tito contó las monedas que llevaba en el bolsillo y preguntó por el número de cañadas que tenía que pagar. Al no poder pagarlas todas ese día, quedó pendiente de hacerlo al siguiente domingo.

Una anciana del lugar se acercaba a Bernarda con mayor frecuencia que otras veces y le decía:

- No es bueno ese forastero para ti. Tú debías casar con el de Gildo que "tien" tierras lindando con las de tu padre. Entre tu dote y lo "del" viviríais como señores y podrías criar muchos hijos. Piénsalo, que luego ya no hay marcha atrás.

- Perdone, Flora, pero yo no bebo los vientos por el de Gildo. ¡Con lo apuesto que es el Tito, y lo bien que habla!

- Ay, apuesto y palabras! ¡Hechos son amores, que no buenas razones! Así sois las jóvenes de ahora. No pensáis en el porvenir. ¿Sabes tú si ese tal Tito va a "tratare" bien o se va a marchar a otro

lugar y va a "dejate" aquí con los niños y todo el trabajo del campo y de los animales que tengáis? ¿eh, sábeslo muchacha atolondrada?

- No señora, pero tampoco selo del de Gildo.

- ¡El de Gildo es de ley! Y está interesado por ti. Mira, ayer me dio esto "pa" que te lo regalara. Él no atrévese es muy cobarde. Toma.

- No señora, devuélvaselo usted que yo guardo ausencia a mi Tito.

- Pues temprano empezamos. En fin, tú sabrás lo que haces.

Bernarda no estaba segura de si hacía bien o mal, sólo estaba segura de lo que su corazón sentía. Pensaba en ello a todas horas: cuando el mallizo para barrer el suelo, cuando fregaba las cazuelas en las que habían comido y hasta cuando iba al arroyo a lavar la ropa como las otras mujeres:

- ¡Ay Señor! Cuando llegará el verano pa ir a lavar al río a ver si el agua está más caliente ¿No se te ponen las manos acegueiradas, Bernarda? – intentaba conversar con ella alguna mujer-

- ¿Qué decías? No te oí bien.

- ¡Ja,ja,ja! Reían todas. ¿En qué estará pensando Bernarda?

- Sí, seguro que en los amores esos en los que anda. ¿va con buena intención el mozo? Cuenta, cuenta.

- ¡Qué bobas sois, vaisme a poner colorada! –contestaba Bernarda con una sonrisa y los ojos entornados hacia la tabla de lavar que tenía ante sus rodillas en el suelo a orillas del arroyo.-

Las demás reían y volvían a insistir en saber sobre los amores de Bernarda y Tito. Otras veces a la salida de la iglesia, después de la novena se acercaban a ella y le decían:

- ¡Así que anoche te vinieron a rondar ya! ¿eh pillina?

- ¿Cómo eran los que le acompañaban? ¿Cantaron muchas canciones?

- Bueno, no puede verlos bien a todos y cantaron lo normal.

¡Oh! ¡Lo normal! Pero ¿jotas o canciones amorosas?

- De...iejem! De todo un poco -carraspeaba incómoda Bernarda-

- ¡Hija, es que como vives así apartada no se entera una de nada! ¿y ya "hais" pedido referencias del mozo y de la familia?

- ¡Si, eso, eso, a ver cuándo podemos comer fideos!

Tito por su parte, en el pueblo contaba cada minuto y hasta los segundos que quedaban para volver a ver a Bernarda y también allí a él le tomaban el pelo los mozos:

- Nos han dicho que hablas con una fornela muy guapa. ¿Es tratante el padre?

- Si, mira a ver si "tien" reales, que los fornelos son buenos comerciantes, dicen

- No son sus reales lo que yo miro y no conozco a su familia todavía -contestaba Tito algo molesto-

- ¿Entonces no sabes de qué familia es? ¿Y es formal la moza?

- Es decente como la que más, y no os consiento que habléis más "della"

- iooh! iuuh!, ¡Ja,ja,ja! ¡ A ver si nos invitas pronto a pollo!, ¡Ja,ja,ja!

Y así llegó el día en que Tito estaba junto al bosque con Bernarda dispuesto a declararle su amor:

- Bernardina yo... quiero decirte una cosa pero me da mucha vergüenza.

Y realmente le daba porque cuando decía esto bajaba la mirada al suelo, frotaba su pie contra los palos y las hojas secas y soltaba la mano de su amada que previamente había tomado con todo cariño y con todo respeto.

- Habla, hombre de Dios, ¿pasa algo malo?

- No, mujer, no es malo. Es algo que... algo de ti y de mi. Algo que a todo hombre le llega en la vida...

- ¡Qué bien hablas! ¡No como los de por aquí. ¿Y no puedes contármelo?

- Yo... Ya hace un tiempo que hablamos y había pensado yo si te dejarían casar conmigo.

- ¿Casarnos? ¡Nunca pensé que llegaría este día! Diles a los tuyos que vayan a casa de mis padres a pedirme, que yo ya digo que sí.

Bernarda no pudo contener su emoción y primero se lanzó con frenesí al cuello de su novio entre risas y exclamaciones de alegría y después se separó de él para verlo sonreír y tender sus manos hacia ella. De repente oyó un estruendo que venía de la montaña, miró hacia arriba, dio un salto atrás y gritó:

- ¡Cuidado Tito!

Fue en ese momento cuando se desprendió una roca de la montaña y cayó encima de Tito sin que a éste le diera tiempo a apartarse. Bernarda permaneció allí de pie y con la boca entreabierta mirando fijamente una mano de su amado salir por debajo de la roca moviendo los dedos unos instantes. En su casa pasada la hora de la tarde, comenzaron a impacientarse porque Bernarda no regresaba. La madre pidió a dos de sus hermanos y a su marido que salieran en su busca y así lo hicieron. Después de recorrer el pueblo la encontraron por casualidad al lado de la montaña mirando estática la roca. Su padre la llamó enfadado pero ella no contestó. Enseguida se dieron cuenta del desprendimiento de la roca e intentaron sacar el cuerpo de Tito de debajo palanqueando con unas ramas lo suficientemente fuertes para tal menester. Ella no se movía y cuando por fin se pudo liberar el cuerpo de la roca ya no había remedio. Entonces Bernarda lanzó un terrible grito de desesperación alzando su mano hacia el cielo y cayó al suelo sin sentido. Su padre la socorrió, uno de los hijos fue al pueblo a pedir ayuda y el otro ayudó a su padre.

La muchacha permaneció semanas sentada en una vieja mecedora de mimbre traída del exterior años atrás sin dormir y apenas sin comer entonando en voz muy baja una melodía desconocida. La familia no sabía cómo sacarla de su mutismo y por el

pueblo empezó a correr la voz que se había vuelto loca. Coincidio que un día pasó por allí el médico y su madre se levantó de la cama para hablar con él sobre el problema de su hija. El médico la exploró y no supo que recetarle, así que le dijo a los padres de la muchacha que aquello era cosa de nervios.

Un buen día Bernarda volvió en sí gracias a los cuidados de sus hermanas y de su madre y volvió a vestir las ropa de luto. Los vecinos del pueblo comentaban en la fuente y en la plaza que la chica siempre había sido rara de verdad y que era demasiada coincidencia que siempre hubiera estado cerca de los últimos muertos. La gente apenas la saludaba al pasar a su lado y se paraba a hablar con ella el menor tiempo posible, a una distancia que consideraban prudencial. Los padres fueron prohibiendo a sus hijos pequeños que se acercasen a ella y por todo el pueblo se extendió el rumor de que su compañía traía mala suerte.

Años después dos de los hermanos de Bernarda se casaron y fueron abandonando el pueblo para hacer subida en otra parte. El padre murió también y los tres hermanos que quedaban con Bernarda y su madre enferma se vieron obligados a emigrar a la Argentina para poder procurarles un buen sustento y poder así mantenerse ellos también.

De este modo Bernarda se quedó sola con su madre. Vivían las dos en una casita un poco alejada del núcleo principal de habitantes. Ellas se dedicaba a las tareas de siempre, excepto a la de cuidar de sus hermanos. Recordaba a Tito varias veces al día y maldecía su suerte. Ya no tenía ganas de salir de casa ni de ir a ninguna fiesta. Sólo los domingos para ir a misa dejaba sola a su madre en casa, pues ésta había empeorado notablemente. Apenas tenía ya momentos lúcidos y casi no se levantaba de la cama. Así las cosas, Bernarda pocas veces tenía la oportunidad de hablar con nadie.

Fornela se fue cubriendo con su más elegante manto blanco cada invierno, nacieron varios niños y murieron algunos ancianos. Un año, una especie de plaga atacó a las patatas, lo que estuvo a punto de provocar la ruina de algunos vecinos del pueblo, quienes por la noche, sentados al amor de la lumbre mientras las mujeres hilaban comentaban:

- Mal año éste "pa" "tos". No sé qué vamos a hacer.

- Si. Ya teníamos bastante con un pobre que anda por el mundo "adelante" pidiente.

- Por cierto que, estuviera aquí hará algo más de siete días, una noche que nos tocaba a nosotros el palo de pobres ¿no le "vistis?"

- No. ¿Qué contaba de nuevo por los otros pueblos?

- Contar no contaba nada, pero tragar si tragaba lo suyo. Preguntó por la Bernarda y por su madre.

-iAy! Esa es la culpable de nuestros males.

- ¿Tú crees? Aunque...pensándolo bien, que nos pase esto a "tos" a la vez... Seguro que nos ha echado el mal de ojo. ¿Le pusiste el escapulario a tu niño?

- Sí, pero no sé si librará las fiebres igual. El otro día lo vi hablando con ella.

-No cabe duda que es bruxa.

La mujer se santiguaba tras pronunciar la última palabra.

Las cosas fueron mejorando poco a poco y cuando ya casi todos los labriegos se había recuperado de sus pérdidas, un nuevo mal atacó al centeno y la gente volvió a murmurar sobre Bernarda:

- Dicen que por la noche conviértese en denunciella y recorre los pueblos de alrededor provocando la desgracia del que tiene la mala suerte de encontrársela.

- Hay que hacer algo. Esa chica es un peligro.

- No hay nada que hacer cuando una "muller" está rabiada por la pérdida del su "home". Ha dado calabazas los otros que le han pretendido detrás. Mala señal, imuy mala señal!

- Sí, ha traído la desgracia a su propia familia. Cada vez que lloraba el perro, alguno se tenía que ir y el cuco cantó dos días antes de morir su padre. Que en Gloria esté.

Una noche el "xato" de uno de ellos se puso enfermo. Su dueño salió de la casa a la cuadra con el candil prendido en la mano y

acompañado de su mujer. Detrás de ellos salieron los hijos con otros dos candiles. El vecino de enfrente se percató de que aquel desfile de luces a aquellas horas no era habitual en aquella casa, así que avisó a su mujer y se acercó a la cuadra de su vecino para ver lo que pasaba. Casi al instante se acercaron también los hijos mayores y al ver lo que sucedía con el xato uno de ellos fue a llamar al maestro del pueblo con el fin de preguntarle por algún remedio para ayudar a que el animal no se muriera, ya que era el único que la familia tenía y vivía a la espera de su crianza. El maestro acudió al establo pero no sabía qué hacer. Por último llegó Bernarda a ofrecer su ayuda en lo posible y dándole las gracias con sequedad, trataron de despedirla. Ella comprendió y se fue a su casa pesarosa.

Al día siguiente el xato murió y la madre de familia fue en busca de Bernarda, la hizo salir de casa y le dio tal paliza que tuvo que estar varios días curando sus heridas. Durante ese tiempo murió su madre y Bernarda desapareció del pueblo. La vida continuó en el mismo como si nada hubiera sucedido y sus habitantes dejaron de poner sahumerios en cuadras y establos para ahuyentar a las meigas. Nadie más volvió a hablar de Bernarda ni de su familia.

Accesit

Mª del Rosario González Flecha